

Beatriz Braniff Cornejo

Oscilación de la frontera norte mesoamericana: un nuevo ensayo

Arqueología, núm. 1, segunda época, Dirección de Arqueología, INAH, 1989

Este artículo es un intento más por entender la región septentrional de Mesoamérica, a la cual alguna vez llamé la Mesoamérica marginal. Se trata, al mismo tiempo, de un resumen sobre los diferentes enfoques: ajenos y personales, viejos y recientes, que han permitido avanzar en el conocimiento de esta región y de sus diferencias y a la vez de sus relaciones con la Mesoamérica tradicional, aquella ubicada al sur de la frontera delimitada para el siglo XVI y que ha recibido más atención por parte de los antropólogos. Intento presentar también una base para la diferenciación de lo que no es mesoamericano, más al norte.

Siendo ésta una región de fronteras, es necesario adoptar modelos e hipótesis que sirvan para entender las interacciones entre grupos de diferente clase y nivel cultural. Los modelos aplicables son numerosos, puesto que deben incluirse tanto aquéllos que sirven para definir las “áreas culturales” que entren en juego, como los que sirven para entender las relaciones internas de los sistemas sociopolíticos dentro de las áreas culturales, como las externas; es decir, los sistemas sociopolíticos no necesariamente imbricados dentro de las áreas culturales. Se requiere, igualmente de parámetros que sirvan para puntualizar los distintos niveles de desarrollo, puesto que el tipo de relaciones será de diferente categoría de acuerdo con ellos.

Un problema interesante que se analizará es que el término Mesoamérica se refiere desde su concepción

original a un área cultural, mientras que a la región al norte no se concibe hoy en día como tal; es decir, se está ante concepciones diferentes. El occidente de México, que está muy relacionado con la Mesoamérica septentrional ocupa un lugar impreciso dentro del desarrollo mesoamericano, quizá porque los parámetros empleados han sido siempre los determinados para las regiones nucleares de Mesoamérica. Tampoco se ha concebido estos núcleos como centros de redes que incluyan agrupaciones menos complejas en sus periferias, las cuales pueden estar ubicadas tanto dentro del área cultural como fuera de ella.

Ha habido importantes esfuerzos por reanalizar la validez del concepto Mesoamérica (Sociedad Mexicana de Antropología, 1985) y también por reubicar al occidente (Sociedad Mexicana de Antropología, 1983), pero en ningún caso se ha llegado a conclusiones en cuanto a su esencia.

Estamos pues, ante una serie de problemas complejos que no se pretende organizar aquí, ni proponer soluciones generales, pues estos temas requieren de amplia discusión. Sólo se presentarán algunas alternativas derivadas de proposiciones incluidas dentro de los varios modelos y diversas hipótesis que hay al respecto. Se tiene como meta aclarar lo que es Mesoamérica, especialmente en contraste con lo que no es —el área norte— para así entender cultural y cronológicamente a Mesoamérica.

Antecedentes

En términos generales el problema inicia hace un siglo, cuando los antropólogos norteamericanos descubren al nuevo “suroeste” dentro de su reciente adquisición territorial. Ellos elaborarían esquemas culturales y cronológicos particulares, sin manifestar mayor interés al hecho de que la región había pertenecido a México hasta hacía muy poco tiempo por lo que el término “suroeste” era a todas luces inadecuado. Además en esta región persistían elementos del centro y del sur de México que entonces se interpretaban como intrusiones recientes de épocas coloniales. Afortunadamente este enfoque centralista norteamericano cambió con el tiempo, y recientemente, el problema de las conexiones con Mesoamérica es un tema de estudio muy relevante (ver Wilcox, 1986 para un análisis histórico de estas ideas).

Sería Kroeber quien en 1939, delimitaría las “Áreas culturales y naturales de Norteamérica” definiendo un “suroeste” centrado en Arizona, Nuevo México y Colorado. Sin embargo, pronto se anexarían, en forma bastante forzada, culturas evidentemente diferentes como la muy antigua *Cochise* y las supervivientes de cazadores-recolectores; así como la de los nuevos cazadores atapascanos. Luego se ampliaría geográficamente el concepto para integrar culturas supuestamente relacionadas ubicadas en el norte de México, ahora bajo el nombre del El Gran Suroeste (ver Kirchhoff, 1954, para un análisis histórico del Gran Suroeste), lo cual “es un acto superfluo de colonialismo cultural” (Beals, 1954: 193).

Como es de todos conocido, pocos años después, en 1943, Paul Kirchhoff definiría la Mesoamérica tradicional como un área cultural con base en una lista de elementos etnográficos diagnósticos y específicos, que se referían tanto a las superestructuras, como a aspectos de carácter básico. Estos se presentaban dentro del área cultural, cuya frontera norteña corría a lo largo del Pánuco, Lerma y Sinaloa, en una línea curvada hacia el sur (Kirchhoff, 1943) que colindaba con regiones “áridas” al norte (Sanders y Price, 1968, fig. 5), donde vivían grupos de muy bajo nivel cultural llamados chichimecas, quienes formaban parte de los recolectores-cazadores del norte de México y estaban integrados, por lo tanto, dentro del Gran Suroeste (Kirchhoff, 1942: xviii; 1943).

Como contraste con esta realidad que se daba en el siglo xvi, en esa misma región chichimeca, al norte del río Lerma, se han reconocido desde hace muchos años restos arqueológicos que pertenecen a asentamientos de tipo mesoamericano, que lógicamente corresponden a una época anterior a la que mencionan las fuentes etnohistóricas (Hers, 1989: cap. 1; Reyes,

1879). Ésta es la Mesoamérica septentrional, cuya evolución se tratará a la luz de nuevos datos e hipótesis. Es en la década de los cincuenta cuando empieza a concretarse la problemática de esa otra Mesoamérica.

Kirchhoff intentaría mejorar el enfoque del suroeste y del Gran Suroeste, proponiendo la existencia de dos áreas culturales: Aridoamérica y Oasisamérica. La base de esta diferenciación sería, en esencia, el patrón de subsistencia y se incorporaría dentro del primer grupo a los recolectores-cazadores y dentro del segundo a los agricultores, estos últimos considerados como una derivación de Mesoamérica. Era evidente, sin embargo, que había grupos intermedios y otros que revertían a la caza, la recolección y la agricultura según las circunstancias y necesidades, por lo cual era imposible clasificarlos. Esta proposición recibió duras críticas, puesto que el concepto de área cultural era así, prácticamente inaplicable ya que en la región existe una enorme gama de medios ambientes naturales, a veces vecinos, que condicionaron y permitieron toda clase de adaptaciones (Kirchhoff, 1954; véase también los comentarios de varios autores en esa obra).

Por otra parte, los arqueólogos que se han especializado en la Mesoamérica tradicional, la conceptualizan como una unidad homogénea y han elaborado esquemas para reconocerla a lo largo del tiempo como un desarrollo también homogéneo, que se inicia a partir de una base neolítica durante el Formativo, para alcanzar un nivel urbano (Clásico y Postclásico) que se liquidaría en el siglo xvi con la colonización europea (Piña Chan, 1985, entre otros).

En la región nororiental de la Mesoamérica septentrional se establecería una impresionante y larga secuencia arqueológica en la sierra de Tamaulipas, donde en forma insospechada se daba el desarrollo de la agricultura en una época muy temprana fuera de la Mesoamérica tradicional (MacNeish, 1958). Asimismo, en ese tiempo se iniciaron en Zacatecas y Durango las investigaciones de J. Charles Kelley y su grupo, que incluía a Pedro Armillas (ver Hers, 1989, para un análisis y resumen) y Braniff inicia su primera investigación que intentaría delimitar la máxima frontera mesoamericana en la porción norcentral. Desde entonces surgieron los problemas de cómo identificarla, vistas las ambiguas proposiciones a las que se ha hecho referencia y especialmente por estar en los límites fronterizos donde debieran darse situaciones de marginalidad y retraso con respecto a las zonas nucleares, así como actividades de penetración (aculturación y colonización) y de retracción, así como de interrelación entre grupos de diferente nivel. En forma simplista se utilizaron tres elementos arqueológicos para definir que se estaba en

Mesoamérica: la evidencia de sedentarismo (cimientos, basureros), de agricultura (granos, metates planos) y cerámica; es decir, los elementos básicos del Formativo. Estos instrumentos funcionaron bien en la región, puesto que no se encuentran al norte de la propuesta frontera, la cual coincidía, a su vez, con una frontera ecológica definida por el límite sureño del desierto de Chihuahua y del Gran Salado; por el límite entre los climas B (desérticos) y C (húmedos y templados), y el determinado por la isoyeta de los 500 mm anuales (Braniff, 1951).

Esos trabajos de los años cincuenta fueron integrados en dos importantes obras de Armillas en las que resalta su enfoque ambientalista para explicar, sobre todo, el problema del abandono de aquellas regiones norteñas por parte de los agricultores hacia el siglo XII; en esos mismos trabajos reinterpreta la información de carácter etnohistórico que por una parte concuerda con la destrucción de Tula, y por otra muestra el rechazo que los tenochcas tenían hacia el *chichimecatlalli*. Revisa también las diferentes categorías de chichimecos reconocidos por los etnohistoriadores: los verdaderos y “recalcitrantes” salvajes; los agricultores bárbaros, los mesoamericanos transculturados (los tolteca-chichimeca) y otros de origen norteño que preservaban elementos de alta cultura (los chichimecas de Xolotl). Armillas no se enfrentó especialmente al problema del avance de la frontera de los cultivadores que ubicaba a fines del Clásico y que concebía como reflejos de movimientos activos procedentes de los núcleos vecinos de civilización o como el resultado de una progresiva aculturación de la población local (Armillas, 1964 y 1969).

A fines de los años setenta hice una síntesis de lo conocido hasta entonces en la Mesoamérica (Braniff, 1972, 1975a y 1975b) y volví después a retomar los problemas generales sobre este tema y los enfoqué hacia regiones más norteñas, extramesoamericanas (Braniff, 1985a; 1985b; 1986; 1988a; 1988b; 1988c 1989a y 1989b).

Los trabajos recientes llevados a cabo en Zacatecas y Durango han sido analizados y resumidos en la obra de Marie Areti Hers (Hers, 1989), para la región norcentral (Guanajuato y Querétaro), el nuevo análisis del Centro Regional de Querétaro (1989) cubre las importantes aportaciones sobre esa zona. Otra obra actual de Foster y Weigand (1985) se refiere al noroeste e incluye trabajos sobre el occidente de México. El estudio más importante sobre la región noreste. Río Verde, San Luis Potosí, es de Michelet (1984 y 1986). Otras dos importantes investigaciones arqueológicas se refieren a la muy descuidada cultura de los chichimecas (Rodríguez, 1983 y 1985).

Los modelos teóricos

Ante la necesidad siempre presente de tener a la mano criterios arqueológicos para entender el proceso histórico, la esencia y límites de esta nueva Mesoamérica, he planteado hipótesis sucesivas que aún requieren trabajo.

Se presentó un estudio sobre el tema del área cultural, estableciendo un modelo aplicable a cualquier región, no sólo a Mesoamérica, y se incluyeron algunas proposiciones respecto de sus relaciones externas. En esta obra se considera el área cultural como un ecosistema, concepto inspirado en los planteamientos de varios investigadores, entre los que sobresalen Armillas (1964 y 1969), Sanders y Price (1968), Litvak (1975), Martin y Plog (1973) y Pailles y Whitecotton (1979). Dicho modelo enlista las categorías de carácter especial y temporal que deben conducirnos a establecer el carácter específico de una área cultural, incluyendo tanto los denominadores comunes como los más desarrollados, así como la calidad de “intensidad” (Braniff, 1983).

Los trabajos de Olivé (1985) y Niederberger (1987), aunque sólo se refieren a Mesoamérica, desarrollan diseños basados en modelos universales para entender el desarrollo y proceso de complejidad de Mesoamérica, Olivé profundiza en categorías socioeconómicas y políticas y Niederberger añade consideraciones de carácter ecológico e ideológico.

Un modelo muy interesante por ser típicamente mesoamericano, aunque restringido en su aplicación inicial, pero que puede ampliarse, se basa en la estructura del “señorío” de la época histórica, convertida en parámetros arqueológicos con indicadores que pueden ser reconocidos en el campo (Castañeda *et al.*, 1988). Este modelo podría ampliarse, empleando igualmente las analogías histórico-etnográficas relacionadas con las estructuras de los “imperios”: como el *Huey tlatocáyotl* de López Austin (1985: 221) para los mexicas y tarascos, así como las “provincias” mayas y otras, integrando la información de cómo esas unidades estaban constituidas internamente y cómo se interrelacionaban entre sí a corta y larga distancia. Trabajos como los de Attolini (1988), Broda (1985), Lameiras (1985:359-365) y otros son obviamente aplicables.

Una proposición simplista y revolucionaria a la vez es la que Di Peso enfoca a lo no mesoamericano, considerando todo lo que sucede al norte, como una sola unidad llamada la Gran Chichimeca. En ella evita el encajonamiento de la región dentro de áreas culturales y se refiere simplemente a una zona geográfica ubicada al norte del Trópico de Cáncer, cuyo común denominador de carácter ecológico es la aridez

generalizada. En esa región vivieron varios tipos de chichimecas (los cazadores-recolectores, los agricultores bárbaros y los agricultores civilizados), quienes se adecuaron a los diferentes medios y circunstancias temporales. Dentro de la Gran Chichimeca el autor incluye el discutible suroeste y gran suroeste, y presenta proposiciones para explicar las evidentes presencias mesoamericanas en la región (Di Peso, 1968 y 1974).

En cuanto a las sugerencias para reconocer los amplios sistemas de intercomunicación, existen varios modelos que se refieren a sistemas económicos y políticos, que dejan a un lado el concepto de área cultural. Estos pueden organizarse en dos grupos: los que se refieren a interrelaciones a nivel preestatal y los que se refieren a interrelaciones entre estados. Sugiero que en este último caso, puede coexistir el primer nivel.

Dentro del primer grupo es adaptable el modelo llamado “esferas de intercambio”; dentro del segundo son utilizables los modelos que se aplican a las interrelaciones que se dan entre “unidades políticas equivalentes” y las que se dan entre unidades sociopolíticas de mayor poder hacia otras de menor categoría como es el diseño de sistemas y economías mundiales. El modelo de esferas de interacción es aplicable a ambos grupos.

Las “esferas de intercambio” se basan en analogías etnográficas, que se establecen con base en el intercambio de diferentes objetos o servicios. Las “esferas” pueden tener el carácter de intercambio de objetos o conocimientos relacionados con la subsistencia básica o con el intercambio de objetos de prestigio (Nelson, 1986).

El modelo de “esferas de interacción” se inspiró en el antiguo concepto griego del “mundo conocido” u *oikouménē* que se aplicó originalmente a la expansión del mundo hopewelliano. Estas esferas son: “matrices espaciales donde se da una articulación intersocial que es regular y que es mantenida institucionalmente [...] Para definir las se utilizan ítems que son ampliamente intercambiados y que ocurren dentro de un contexto social específico [...] en un tiempo dado” (Binford, 1972).

El diseño de “Estados en equivalencia” (Peer Polity) (Renfrew, 1986) tiende a borrar las antiguas proposiciones difusionistas y tiene como meta entender el desarrollo de los sistemas sociopolíticos, así como la emergencia de su complejidad, integrando los variados tipos de intercambio entre unidades socio políticas (cacicazgos y Estados primitivos) independientes y “en igualdad” que existen dentro de una sola unidad geográfica y en algunos casos más ampliamente.

El modelo de “sistema mundial” (Wallerstein, 1974) y el paralelo “economía mundo” (Braudel, 1984) contemplan las acciones de colonización y explotación por parte de Estados fuertes en competencia (los núcleos) sobre organizaciones menos poderosas (las periferias y áreas externas). En el primer caso (Wallerstein, 1974) las periferias se caracterizan por una especialización diferencial (ecológica, ocupacional o política). Las áreas externas están fuera del sistema económico-político, pero proveen artículos específicos al sistema. Los sistemas mundiales pueden ser sólo económicos (como el capitalismo) o económico-político (los “imperios”).

Con base en estos modelos se han propuesto hipótesis respecto de las probables interrelaciones de los Estados mesoamericanos y algunas localidades en la Gran Chichimeca. Esta primera proposición fue posteriormente ampliada y perfeccionada por los mismos autores, quienes vuelven a analizar los varios conceptos de economías “mundiales,” así como los varios modelos imbricados en éstas en una importante aportación, cuya lectura se recomienda (Whitcotton y Pailles, 1986). Finalmente, otro modelo aplicable (al que todavía le falta una estructuración concreta) utiliza la ideología religiosa y mítica (que se manifiesta a través de objetos materiales), para reconocer a una unidad cultural tanto internamente como en sus extensiones en espacio y tiempo que puede utilizarse para organizaciones estatales, aun cuando “a mayor complejidad cultural los intereses y objetivos (de un grupo) serán más claros y la ideología que acompaña al poder será más consistente” (Mancha y Rivera, 1984, en Braniff, 1985: 26-27).

La ideología en sociedades precapitalistas se realiza a través de formas religiosas míticas [...] cuando las comunidades sencillas se someten a un poder central, ya no son las fuerzas naturales las que personifican la conciencia religiosa sino que se personifica a ese poder superior en la persona del déspota real o en el ser imaginario que es dios. Ese dios a su vez se convierte en mito y la verdad del mito se comprueba a través de ritos y fiestas. El mito es la legitimización del poder [...] La ideología es un instrumento representativo y estructural del poder [...] Las ideas y sus representaciones vienen a ser una práctica política y social que objetivan los intereses y posiciones de un grupo determinado que tiende a mantener el régimen social existente [...] (Mancha y Rivera 1984, en Braniff, 1985: 26-27). Una característica de las sociedades tradicionales es la de agrupar dentro del cuadro de asentamientos importantes, los cultos religiosos, las actividades económicas y las fiestas públicas [...] La esencia de las prácticas rituales es la de transformar [...] las manifestaciones seculares, objetos, mensajes, actividades, personajes. Instituciones [...] en entidades sagradas [...] Los elementos gráficos

esotéricos constituyen una especie de metalenguaje ligado a la reflexión cosmológica y religiosa y representan claramente un repertorio de mensajes y símbolos (Niederberger, 1987: 709, 712).

Proposiciones semejantes son utilizadas para corroborar la presencia de Estados mesoamericanos con base en símbolos religiosos particulares, que se encuentran en varios sitios de la Gran Chichimeca (Di Peso, 1968), así como en la definición de una ruta y sistema mundial comercial, que unía sitios como Casas Grandes, Chihuahua, la región de Trincheras de Sonora, el occidente de México, la región Mixteca-Puebla y Chichén Itzá en Yucatán después de 1 200 d. C. (Kelley, 1986 y Braniff, 1988a).

Mesoamérica

Esta serie de modelos, y otros no mencionados, deben ser coordinados para ser aplicados en forma coherente, lo que no se pretende hacer ahora, aunque sí se utilizan algunas proposiciones, añadiendo información particular para establecer un primer y simplificado modelo de lo que es Mesoamérica, contrastándolo después con lo que es la Gran Chichimeca (*sensu* Di Peso), para luego integrar información que se tiene sobre la región mesoamericana septentrional. Será evidente para el lector la omisión de muchos temas de investigación que dichos modelos sugieren, y que es necesario cubrir para entender mejor la zona que nos ocupa. Acepto, además, como lo demuestra la información arqueológica y etnológica, que hubo conexiones entre Mesoamérica y la Gran Chichimeca durante largos milenios y las hipótesis que en adelante se presentan tienen como meta principal intentar establecer una primera base de diferenciación y una mayor precisión cronológica del desarrollo cultural, que ayude a entender las interrelaciones en el tiempo. Este ensayo es apenas un principio.

Los denominadores comunes a nivel básico

Como ecosistema a nivel rural, Mesoamérica tiene como base la agricultura de roza y temporal (Armillas, 1985: 39), por lo que requiere ubicarse dentro de una región ecológicamente adecuada, especialmente en relación al patrón de lluvias que posibilita tales cultivos veraniegos (Braniff, 1988b). La isoyeta de 700 mm anuales marca el límite por debajo del cual la agricultura de temporal es totalmente aleatoria y precaria (Niederberger, 1987: 51, 95).

La agricultura fue la actividad humana más importante y generalizada. Era el eje de la vida diaria y esa actividad determinó ciclos temporales regula-

res: ritos y trabajo, tributación y guerra (Rojas, 1985: 129). Mesoamérica se caracteriza por relaciones específicas de parentesco y una forma de entender al cosmos, al individuo, a la diferenciación de clases y al poder, que permite a la fecha diferenciar a esta tradición de la cultura “nacional” (Medina, 1988).

Los símbolos, ritos y mitos están íntimamente relacionados con la agricultura y la fertilidad, los que son característicamente concebidos dentro de un orden y equilibrio cósmico que es el resultado de posiciones opuestas inseparables. Estos conceptos de fertilidad y equilibrio están presentes en todo tipo de materiales, como en la simetría arquitectónica, evidente particularmente, en los centros cívicos y ceremoniales, así como en el juego de pelota (Braniff, 1985: 46-48). Los diseños como la greca escalonada, el jaguar, el lagarto, la serpiente, los peces y las combinaciones de éstos, a veces asociados al hombre, se relacionan con antiguos símbolos de fertilidad y cultivo (Braniff, 1974b); son también símbolos de comunicación e integración social, conceptos religiosos y formas de poder (Niederberger, 1987: 712-715). La navaja prismática de obsidiana es un elemento característico tanto de los niveles básicos, como de los más complejos, y por ello fue artículo de comercio de primera necesidad.

Los denominadores comunes a nivel superestructura

A partir de una base rural de aldeas agrícolas —hacia 2000 a. C.— y con base en una transformación en la naturaleza de los asentamientos, se establece un periodo preurbano hacia 1200 a. C., caracterizado por la emergencia de capitales regionales, que son centros de integración regional de una constelación de pueblos (*villages*) satélites, que no son radicalmente diferentes a las *cités* (ciudades) autocéfalas de épocas protohistóricas. Estas capitales (cabeceras, no urbes) constituyen el centro de un poder estable y de una organización política centralizada con connotaciones sagradas. Son centros de concentración de la riqueza (del *surplus* producido por un sistema agrario eficaz y de los recursos comerciales, así como del intercambio de bienes básicos y mercancías exóticas). El intercambio se basa en la producción y explotación específica de cada región, lo cual produce una trama multidireccional densa, compleja y formalmente organizada. Este sistema de bienes materiales es paralelo a otro sistema, igualmente regular, de intercambio de información de mensajes, que se basa en un conjunto de símbolos visuales así como en un sistema mítico y un campo semántico común. Cada unidad participa e irriga la vida y el organismo social del

conjunto; dicha participación dinámica contiene un esquema cosmogónico y mítico común, y constituye uno de los principales motores de una integración cultural interregional (Niederberger, 1987: 747-752).

La diferencia con las etapas posteriores se da con base en la importancia y densidad de este modo de organización política del territorio típicamente mesoamericano, que se define por esa confederación de *cités* políticamente autónomas. El periodo siguiente, llamado Protourbano, se da hacia 500 a. C., se caracteriza por capitales regionales mayores, con más poder político de integración regional (Niederberger, 1987: 695).

Es en este mismo tiempo (equivalente al Preclásico superior o Formativo terminal y Protoclásico) durante el cual:

Los avances tecnológicos impulsaron el desarrollo de las fuerzas productivas, que a su vez proporcionó la estructura necesaria para que pudieran formarse los primeros centros urbanos. Ello repercutió en una modificación superestructural drástica, surgiendo el Estado como la organización social apropiada [...] Fueron estos adelantos quizá los que abrieron la posibilidad de que algunos grupos se aventurasen a colonizar un hábitat que antes los hombres no habían podido establecerse (Olivé, 1985: 95-98).

La estructura del Estado mesoamericano está en formación entre 800 a. C. y 100 d. C. En ese tiempo existen cuatro geometrías constructivas, asociadas desde entonces a la cosmovisión particular mesoamericana. Las geometrías son la circular, la rectangular, la perpendicular y la tetraespacial. Esta última es la única que tiene continuidad en el segundo tiempo (100 a. C. a 650 d. C.) (Yadeun, 1985: 122-123). “La homogeneidad arquitectónica de las estructuras, es una manifestación material de otras homologías relacionadas con la organización social y con el sistema de creencias” (Renfrew, 1986: 5. Ver además Weigand, 1985: 90, nota 1).

Para el periodo Protourbano, según Niederberger, o de la Revolución urbana de acuerdo con Olivé, existen en la región norcentral de Mesoamérica —por debajo del río Lerma—, por lo menos dos tradiciones (fig. 1), que se caracterizan por arquitecturas, tipos cerámicos, figurillas y otros datos específicos. Una de ellas corresponde a la transformación que se da en la cuenca central de México, después de la fase de “deculturación olmeca” (después de 700-850 a. C.) y son característicos los conocidos sitios de Zacatenco, Ticomán y Cuicuilco (Niederberger, 1987: 695). La otra, que llamo “tradición de occidente”, se desarrolla a partir de una antigua base formativa que se da hacia

1 500 a. C., en Michoacán, Jalisco, Colima, Nayarit y Sinaloa. Esta tradición está claramente desprovista de influencias olmecas y del centro de México (Braniff, 1975a; Weigand, 1985: 69; Scott, 1985). La fase El Arenal (ca. 350-300 a. C., a 150-200 d. C.) en Teuchitlán, Jalisco, representa la culminación del típico culto funerario (tumbas de tiro) y consolidación en forma submonumental del patrón arquitectónico básico (plataforma circular y construcciones circundantes simétricas) y sus asociaciones específicas (juego de pelota abierto, etcétera) que serán la base de las subsecuentes fases dentro del Clásico. Existen desarrollos regionales diferentes: una región nuclear en Teuchitlán y las vecinas áreas lacustres de Nayarit, una segunda zona menos compleja que se extiende hasta la zona costera de Jalisco, Nayarit y Colima; finalmente otra más sencilla y dispersa en el norte de Jalisco y sur de Zacatecas. En la zona nuclear, rica en recursos no comunes y estratégicos, las complejas tumbas son evidencia de linajes importantes y las ofrendas asociadas, que incluyen la turquesa química que proviene de regiones extramesoamericanas, indican contactos con amplios territorios y son evidencia clara de una habilidad sociológica para obtener riqueza con fines funerarios y de estatus (Weigand, 1985: 63-70).

Corresponden a esta época, entre otros sitios en occidente: Morett, en Colima, en su fase temprana (300 a. C.-100 d. C.) (Meighan, 1972: 18), y posiblemente Amapa, Nayarit, en su fase Gavilán, así como la fase Tierra del Padre en Chametla, Sinaloa (Meighan, 1976: 16, 267 y fig. 6).

En estos tiempos se coloca, además del ya mencionado Cuicuilco, D. F., al importantísimo sitio de Chupícuaro, Guanajuato. Mientras unos autores ven a Chupícuaro como el componente de un sistema estatal en expansión, cuyo foco es Cuicuilco (Florance, 1985: 45), otros ven en este último un fuerte impacto que proviene de occidente (Bennyhoff, 1986: 20). La arquitectura circular de Cuicuilco que no tiene antecedentes en la Mesoamérica tradicional (Yadeun, en prensa), puede estar relacionada con las plataformas circulares de Teuchitlán (Weigand, 1985: 70). Yo considero a Chupícuaro como un heredero de la tradición del occidente (Braniff, 1975a).

Por último, dentro del proceso de desarrollo de Mesoamérica, la cristalización de metrópolis o superpotencias calificadas como “centros de integración supraregional” se dan en un periodo urbano, entre el primer y sexto siglo de nuestra era (Niederberger, 1987: 694) o entre 200 y 900 d. C. (Piña Chan, 1985: 68). El carácter de las superestructuras es en este tiempo de tipo teocrático (Olivé, 1985: 103-104) y la forma arquitectónica tetra espacial es la más

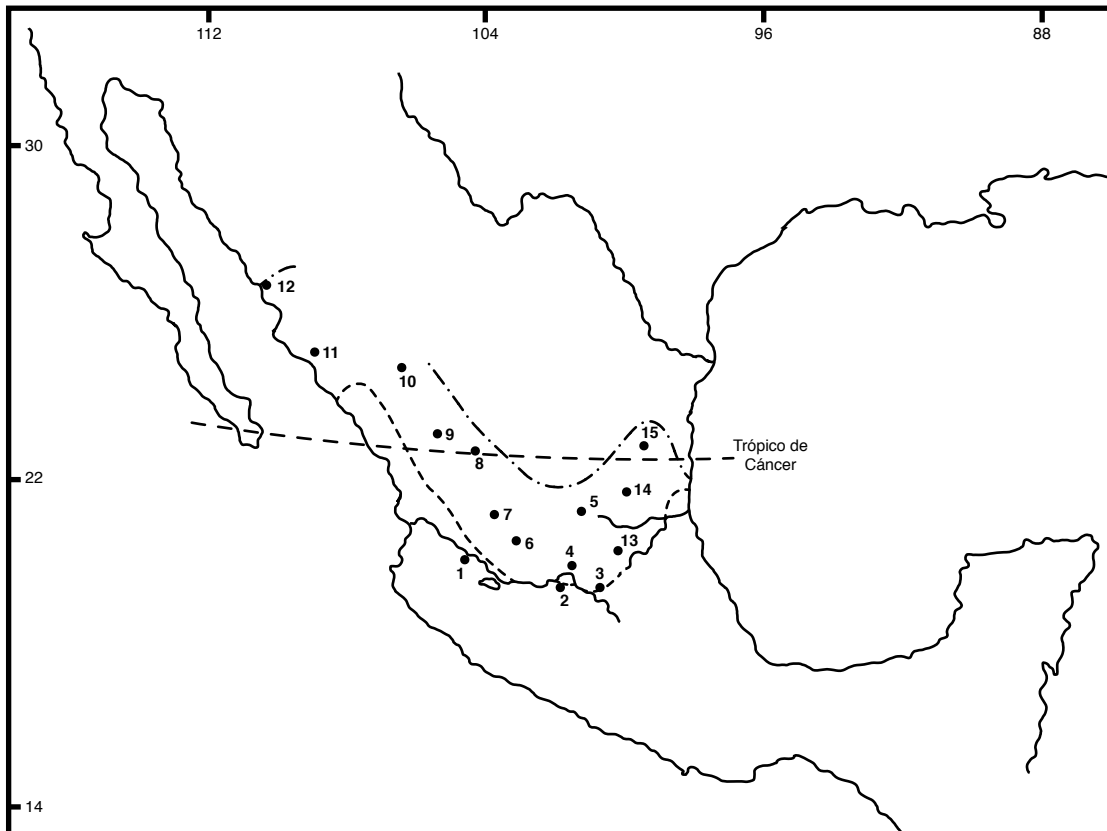


Fig. 1 Mapa 1, Mesoamérica septentrional. Frontera del S. XVI: 1. Teuchitlan, Jal.; 2. Chupícuaro, Gto.; 3. San Juan del Río, Qro.; 4. Morales, Gto.; 5. Villa de Reyes, S.L.P.; 6. Cerro Encantado, Jal.; 7. La Quemada, Zac.; 8. Chalchihuites, Zac.; 9. Schroeder, Dgo.; 10. Zape, Dgo.; 11. Mochicahui, Sin.; 12. Huatabampo, Son.; 13. Sierra Gorda; 14. Río Verde, S.L.P.; 15. Sierra de Tamaulipas.

adaptada, desapareciendo la geometría circular (Yadeun, 1985: 123, en prensa).

Hacia 650 d.C., desaparece Teotihuacán como centro de integración suprarregional; construyéndose luego y hasta 950 d.C., el mayor número de capitales de Estado en toda Mesoamérica. Es también el momento de coexistencia del mayor número de variantes temporales de la geometría espacial. Vuelve a aparecer en los valles centrales (Tula-El Corral) la geometría circular, esta vez asociada a la rectangular (Yadeun, en prensa). Es también en esta época cuando en Mesoamérica aparece el mayor número de canchas de juego de pelota (Taladoire, 1981, en Braniff, 1989).

Hacia 900 d.C., los centros de integración de tipo urbano tienen carácter militarista (Olivé, 1985: 106) y es también cuando la estructura urbana se contrae al mínimo. Entre esa fecha y 1250 d.C.:

El reproductor cósmico forma ahora parte de la plaza central y se agrega a ella el exhibidor de la muerte (Yadeun, 1985).

Con la llegada de los toltecas al centro de México, aparece un nuevo pensamiento arquitectónico [...] Es el concepto de "espacio interior" en un conjunto [...] Los

toltecas llegaron a dominar el espacio interno por medio de soportes aislados [...] y lograron una mayor amplitud en el interior de los edificios y pudieron construir grandes columnatas y pórticos techados (Acosta Jorge, en Olivé, 1985: 106).

Así, los toltecas dominan y organizan a varios grupos aldeanos que se encuentran por la vecindad de Tula; fundan allí su capital, construyendo primero pobres estructuras de adobe y lajas, pero después edificios más ricos con columnas serpentinas, pilastras, banquetas, chacmoles, colosos, etcétera, cuya inspiración vino de Chichén Itzá... adoptan el culto a Quetzalcoatl [...] inician el estilo de los templos circulares-rectangulares y de los altares decorados con calaveras [...] como se ven en El Corral, lo mismo que los muros decorados con serpientes (Piña Chan, 1985: 73).

La Gran Chichimeca (GC)

Empleo las ideas de Di Peso para una definición de carácter general. En forma selectiva y limitada se describirán algunos aspectos de esta enorme y variada región, con el objeto de contrastarla con Mesoamérica y establecer una diferenciación.

La Gran Chichimeca no es un sólo ecosistema sino varios, cuyo común denominador es una generalizada aridez (Cordell, 1984: 2), propia de regiones fuera de los trópicos (Braniff, 1985: 55). Su límite meridional es, por consiguiente, el Trópico de Cáncer (Di Peso, 1974, fig. 4.1.) más no es una línea recta, pues la región desértica intruye (por razones topográficas, meteorológicas y otras), en forma combada hacia el sur, hasta la porción central del altiplano potosino (Braniff, 1961, mapas 3-5; 1985, fig. 1.8). La Gran Chichimeca así definida, se ubica en la porción mexicana por debajo de la isoyeta de los 400 mm (Rzedowski, 1978, fig. 18) (fig. 2) por lo que se infiere que la agricultura de temporal es precaria o imposible.

A partir del siglo x y en definitiva desde el xiii, hasta la llegada de los españoles, la *Chichimecatlalli* se había expandido hacia el sur, anexándose tierras que antes fueron mesoamericanas, siguiendo en forma más o menos paralela la anterior línea combada (fig. 3). La nueva frontera del siglo xvi y la anterior de los siglos x y xiii, incluye regiones cuya lluvia es menor que los 800 mm anuales, por lo que actualmente la agricultura de temporal es también precaria (fig. 2). Es lógico suponer que si esta expansión hacia el sur

tiene que ver con un proceso de desertización progresiva serían las regiones más norteñas las primeras en ser abandonadas por grupos cultivadores. Esta proposición parece confirmarse en Guanajuato, puesto que entre los siglos xiv y xv la frontera entre grupos sedentarios y cazadores-recolectores había descendido hasta aproximadamente el centro del estado y para el siglo xvi todavía más hacia el sur, casi en los límites con Michoacán (Castañeda *et al.*, 1988; figs. 22 y 23).

Si de acuerdo con nuestras proposiciones el abandono de esas tierras está correlacionado con un impedimento de carácter ecológico, asociado a la falta de lluvias cíclicas que permite o no el cultivo de roza y temporal, es interesante ahondar más acerca de esos patrones pluviométricos.

En el extremo noroeste de la Gran Chichimeca (el suroeste para los norteamericanos), se tiene información arqueológica de una época de cambios culturales profundos que se dieron entre 1200 y 1300 d.C., durante la cual se abandonaron grandes regiones, se poblaron otras y se adoptaron nuevos patrones. Las explicaciones que se dan para estos movimientos son de tipo cultural y de cambios en el medio ambiente.

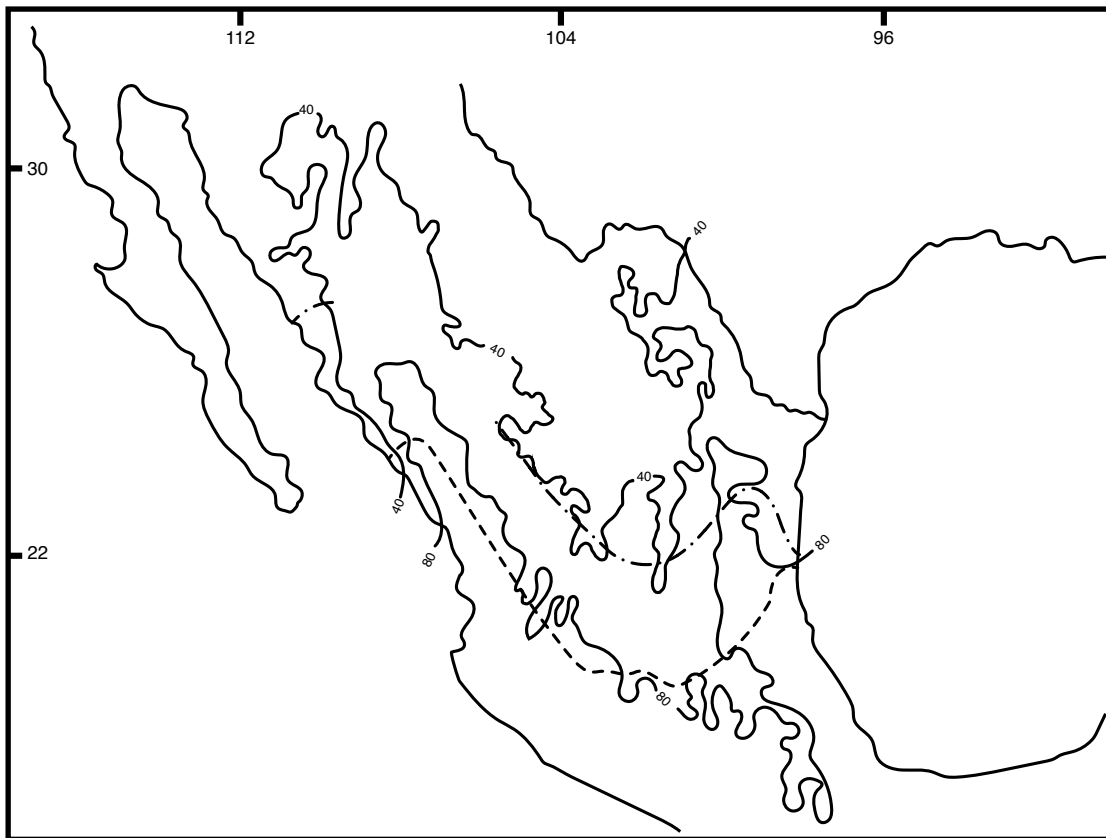


Fig. 2 Mapa 2. Mesoamérica septentrional. Precipitación total anual en mm. Fuente: Basado en Rzedowski, 1978, fig. 18.

Estos movimientos coinciden con una sustitución momentánea de una producción agrícola intensiva por una menos intensiva, y por una mayor actividad de caza y recolección. Sin embargo, pronto se reorganizaría toda la región dentro de sistemas que fueron de diferente calidad que los anteriores (Cordell, 1984: cap. 1).

Sin embargo, en la región desértica del suroeste los hohokam, hacia 1 100 d.C. muestran igualmente una inseguridad cultural que se basa en cambios del medio ambiente, que produjeron cambios culturales sustanciales. Entre otros, se abandona el famoso sitio de Snaketown y se inicia una reorganización política con tendencia a la secularización (a diferencia del carácter religioso anterior). Además, se nota un cambio en los sistemas comerciales, por lo que se dejan de recibir objetos de origen o inspiración mesoamericana, como son las guacamayas, vasijas trípodes y figurillas (Cordell, 1984: 305-23).

En cuanto a estudios del medio ambiente, se menciona que entre 900 y 1 200 d.C. existió un cambio en el régimen de lluvias, que consistió en dos largas épocas, durante las cuales llovió mucho más que antes (las máximas se alcanzan en 950 d.C. y luego en 1 150 d.C.), separadas por una sola, pero muy larga sequía (cuya máxima se ubica hacia 1 050 d.C.). Antes de 900 d.C., y después de 1 200 d.C., la oscilación entre épocas de lluvias y de sequías era mucho más frecuente, aun cuando la cantidad de lluvia era menor (Cordell, 1984: fig. 9.2). También se tienen datos dendrocronológicos que sustentan una gran sequía entre 1 279 y 1 299 d.C., aunque Martín (1979: 65-68) refuta esta teoría. Hay información acerca de la reducción de nivel freático y profundización de arroyos en esos tiempos.

Sin embargo, los estudios polínicos que se han llevado a cabo en el norte de México no confirman claramente dichas sequías (Brown, 1985).

Como contraste, en la cuenca de México, hacia 1 000 d.C., hay una tendencia a una mayor precipitación y temperatura que las actuales. Hacia 1 250 d.C. la lluvia sigue en aumento y la máxima se alcanza hacia 1 750 d.C. Hacia 1 250 d.C., la temperatura alcanza su máxima y se reduce notablemente hacia 1 500 d.C., cuando alcanza un nivel similar al de hoy en día. Hacia 1 750 la temperatura desciende mucho más (Niederberger, 1987: fig. 596). Los niveles de lluvia en la cuenca actualmente son de 800 mm, y la temperatura (oscilación media) es de 6° (Rzedowski, 1973: figs. 18 y 13).

Una información que puede ser utilizada analógicamente es de tiempos coloniales, cuando se registran fluctuaciones climáticas de años buenos y malos para la agricultura, que se suceden cada 10 años.

Las crisis de 1624 y 1692 fueron memorables. En el siglo XVIII las sequías y heladas produjeron una serie de hambres y escasez entre 1724 y 1810, las más terribles fueron las de 1749-1750; las de 1785-1786 y la de 1809-1810 (Florescano, 1986: 52 y 71-73).

De acuerdo con la información anterior es precisamente en 1750 d.C. cuando la lluvia alcanza un punto máximo, pero también cuando hace más frío.

Los datos históricos sugieren, por otra parte, que en los valles centrales hubo una época de sequías hacia 1 150-1 200 d.C. (fin de Tula), acompañadas de migraciones chichimecas (Armillas, 1964 y 1969). Esto contrasta con la información arriba indicada, que señala una situación totalmente opuesta a la de 1750 d.C., que es también de sequía, pues es entonces cuando la precipitación pluvial fue mayor que la actual y la temperatura más alta.

Es evidente que se requieren estudios climáticos más precisos. Sin embargo, como señala Michellet (1984), en las regiones semiáridas norteñas, una sequía de dos o tres años consecutivos es suficiente para acarrear el desastre a pueblos cultivadores.

Para el problema que aquí se analiza es de toda forma interesante la concordancia cronológica entre los cambios que se dan en el extremo noroeste hacia 1 100-1 200 d.C., y el desplome progresivo de la frontera de los agricultores que está bien ubicado en Guanajuato hacia esas fechas.

En cuanto a la agricultura, en gran parte del suroeste de Estados Unidos, las plantas cultivadas fueron las que suplían la mayor parte de la alimentación, pero siempre se requirió invertir una considerable mano de obra para asegurar el éxito de la cosecha, empleándose siempre una multitud de sistemas ingeniosos para llevar agua a los campos para conservar la humedad y para detener la erosión. La agricultura de temporal requirió siempre de esa inversión. En otras localidades la agricultura fue sólo suplemento de la caza y recolección y en otras más, sólo un experimento corto y sin éxito (Cordell, 1984: cap. 6).

Hay que hacer énfasis en que los sistemas de irrigación que se construyeron en ciertas localidades del desierto por los pueblos hohokam son infinitamente más amplios y complejos que cualquiera de sus contrapartidas mesoamericanas, a pesar de que la densidad de estas poblaciones es mucho menor (Doolittle, 1988) sugiriéndose así que éste es un desarrollo regional no importado de Mesoamérica (Braniff, 1985: 83).

En relación con la arquitectura, las casas más antiguas en el suroeste de Estados Unidos (200 d.C.) son las casas foso, de planta circular y semihundidas, que difieren totalmente de la antigua habitación mesoamericana. Se distribuyen en aldeas, a veces alrededor de

una casa principal (Cordell, 1984: 218). Este tipo de casa es el que posteriormente se da en Chihuahua (San Antonio de Padua) hacia 750 d. C. (Di Peso, 1974; volumen 1) y en Sonora (San José Bavícora), entre los siglos XI y XIV (Pailes, 1980: 29). En la región Hohokam la casa foso difiere en cuanto a que tiende a ser rectangular, con entrada lateral de rampa, que se da entre 300 a. C., y 1 100 d. C., (Haury, 1976: 82, fig. 3.28) aunque los recientes estudios cronológicos sugieren que la primera fecha mencionada es mucho más reciente (500 d. C., Schiffer, 1982: 335). En Snaketown la zona habitacional de casas foso rodea una “plaza” central (zona llana circular) y los montículos plataformas circulares de carácter ritual (Haury, 1976: 82), se ubican al sur de la zona habitacional. Los juegos de pelota de muros combados ocupan igualmente una posición alrededor de la sección de casas (Wilcox *et al.*, 1981: fig. 32). Posteriormente, entre 700 y 1 000 d. C., se da un cambio en ciertas localidades hacia la construcción de “pueblos”, que son estructuras que integran cuartos contiguos de múltiples usos. En la mayoría de ellos se encuentra la Kiva de planta semihundida y circular, cuya función es ritual, entre otras. En algunas áreas (Chaco) la planta del pueblo tiene forma de anfiteatro (Cordell, 1984: 237-301).

Es en el periodo prehistórico final de “pueblos agregados” —que se inicia hacia 1 175 d. C.—, en el periodo Clásico hohokam (McGuire y Schiffer, 1982: 193 y 335) o hasta 1 300 d. C. (Cordell, 1984: cap 10), cuando se inaugura una nueva época, durante la cual se conforman comunidades muy grandes de estilo “pueblo” (cuartos contiguos), varios de los cuales fueron conocidos por los españoles. En la región Hohokam entre 1 300 y 1 450 d. C., se alcanza la mayor complejidad y se construyen (complejos, *compounds*, “casas grandes” de muros masivos de adobe, plataformas y los “cerros de Trincheras” (McGuire y Schiffer, 1982). De este periodo es la fase Paquimé, que corresponde al auge de Casas Grandes, Chihuahua, el cual se caracteriza, precisamente, por sus casas grandes de muchos cuartos contiguos, varios pisos y muros de adobe (Ravesloot *et al.*, 1986). No obstante que en esta última existen elementos de tipo mesoamericano, su conformación es totalmente diferente a la arquitectura mesoamericana (Braniff, 1988b; Yadeun, en prensa).

Para concluir, y con base en esta sintética exposición, que se ha referido fundamentalmente a los aspectos ecológicos y arquitectónicos, me parece que existen suficientes argumentos para distinguir a la Gran Chichimeca (o gran suroeste) de Mesoamérica. Además, es claro que mientras ésta última todavía puede reconocerse como una “área cultural” (*sensu* Kirchhoff, 1954), la primera no lo es, por lo que sus

evidentes interacciones deben verse a través de otros parámetros como los sugeridos en el apartado referente a modelos.

La inserción de Mesoamérica septentrional a la Mesoamérica tradicional

De acuerdo con lo mencionado anteriormente, dentro del área Mesoamericana tradicional y occidental, en el periodo Preurbano 1 250 a 700 a. C., florecen diversas capitales regionales, cuyas características han sido ya descritas. Esas capitales participan entre sí de una simbiosis de carácter económico y cultural, definida esta última con base en intercambios regionales de información y mensajes que se asocian a una ideología religiosa y mítica compartida, representada por símbolos iconográficos, que a su vez sirven como un elemento importante de cohesión política y social.

Durante el siguiente periodo Protourbano —700 a 150 a. C.— proseguirá el mismo sistema arriba descrito, aunque ahora las capitales regionales son mayores y tienen una más amplia capacidad y potencialidad tecnológica, económica y política, alcanzando así la “revolución urbana,” que cristaliza en las grandes construcciones como las de Cuicuilco y Tlapacoya en el D. F.; Chupícuaro, en Guanajuato y Teuchitlán, en Jalisco.

Las interrelaciones de estos centros de poder deben ser estudiadas como el preludio de las formaciones estatales y el modelo utilizable sería el de “Estados de igualdad” que describimos superficialmente. Un estudio de tipo arquitectónico e iconográfico ayudará a entender dichas interrelaciones, así como a definir las esferas de interacción coetáneas.

Es precisamente en este tiempo que se incluye la información sobre los primeros grupos agrícolas de la Mesoamérica septentrional, en su porción norcentral y noroccidental (los pocos fechamientos que tenemos para el Formativo terminal en la Mesoamérica septentrional se insertan en un apéndice al final de este trabajo).

Infiero que la emergencia de los asentamientos referidos se debe a esta revolución cultural, lo que a su vez sugiere una colonización, más que una transculturación de los nuevos territorios. Esta proposición no implica, necesariamente, una mejoría climática para explicar la ampliación de la frontera mesoamericana, como ha sido invocada vagamente en el pasado; aun cuando es de suponer que el medio ambiente debió ser el adecuado para conformar las supuestas premisas de una agricultura de roza y temporal, que hemos propuesto como común denominador mesoamericano. En este sentido es interesante hacer notar

que esta colonización temprana casi alcanza la máxima extensión mesoamericana correspondiente a sus fronteras climáticas y que *grosso modo* sigue el Trópico de Cáncer (fig. 3). Esta primera colonización tiene, por lo demás, una apariencia dispersa que sólo se consolidará posteriormente, en un tiempo equivalente al de los “Estados” del Clásico en Mesoamérica.

En esta discusión cobra importancia mayúscula el sitio y la “tradición” Chupícuaro de Guanajuato, no sólo por su participación e impacto en la cuenca de México —que ya mencionamos— sino porque se le ha reconocido como la base de desarrollos ulteriores en Guanajuato (Braniff, 1972) y Zacatecas (Kelley, 1966). Desafortunadamente, las investigaciones en Chupícuaro se enfocaron, solamente, hacia el complejo funerario, y si bien aportaron valiosas colecciones, la secuencia cronológica aún no es clara. Los elementos intrusivos en la cuenca de México permiten colocar a la “tradición” Chupícuaro, en términos generales, dentro del Preclásico superior, pero no existe todavía la suficiente información para precisar su ubicación (Florange, 1985). Parte del problema radica en que a esta “tradición” se le adjudica una larguísima temporalidad —entre 500 a.C., y 350 d.C.— (Castañeda *et al.*, 1988, fig. 2); es decir, casi un milenio, durante el cual existe una región nuclear (¿más temprana?) alrededor de la presa Solís (Castañeda *et al.*: 323) y versiones regionales y/o temporales del complejo cerámico.

Es evidente que entre la cerámica del sitio Chupícuaro, según Porter (1956), y la fase Morales, que es afín al sitio del mismo nombre (cerca de Comonfort) existen similitudes, pero también discrepancias que en mi opinión implican una diferencia cronológica. Por una parte hemos identificado en la fase Morales varios elementos similares e idénticos a la fase Ticomán (Braniff, 1972, lista 1), que se ubica entre 400 y 150 d.C. (Niederberger, 1987, fig. 595) lo que me hacen suponer que Chupícuaro es más antiguo y cercano a la herencia de la tradición de occidente, cuya presencia en Tlatilco es evidente en tiempos anteriores (Braniff, 1975: 216).

Una discrepancia importante es el diseño de la greca escalonada, que aun cuando tiene gran antigüedad en Sudamérica (Braniff, 1974b), se presenta, aunque en forma no muy clara, en Morales, Guanajuato. Otros diseños importantes que no existen en Chupícuaro son de aves y cuadrúpedos. Estas decoraciones son muy importantes, pues considero que son símbolos tradicionales y míticos, que deben contener aquella calidad ideológica y de cohesión social que mencionábamos arriba. Estos diseños aparecen posteriormente en los altos de Jalisco hacia 100-250 d.C. (Bell, 1974), después en Zacatecas, en la fase Altavista, hacia 300 d.C. (Kelley y Kelley, 1971; lám. 1)

o 750 d.C. (Kelley, 1985: fig. 11.3), y luego en Snake-town, Arizona en la región hohokam, donde comienzan a aparecer en la fase Snaketown —hacia 350 d.C. (Haury, 1976: fig. 12.93 y 16.1) o 750 d.C. (Schiffer, 1982: 335)—, y proliferan en las siguientes fases Gila Butte y Santa Cruz —hacia 550 d.C. (Haury, 1976: fig. 12.93 y 16.1) u 800-1000 d.C. (Schiffer, 1982: 335)—. Ciertos diseños, especialmente la greca escalonada, el ave, la serpiente y combinaciones de éstos, sobrevivirán en contextos más tardíos, después de 1200 d.C., en Casas Grandes, Chihuahua y entre los pueblos históricos del sur-oeste de Estados Unidos (Braniff, 1986). Estas similitudes sugieren, ciertamente, la continuidad de una ideología (¿transculturación?), más no pueden constituir esferas de interacción o sistemas mundiales porque no son sincrónicas.

Un diseño ausente en Chupícuaro es la greca esgrafiada en líneas quebradas que se encuentran dentro de los platos de la fase Morales (Braniff, 1972: lám. 1f.), muy similar a los diseños que aparecen en un tipo de la fase Manantial (Zacatenco 1) de Zohapilco, D. F. (Niederberger, 1976; lám. LVII, 1-6, 10,11). Este tipo es el que encontramos distribuido hasta el norte de Guanajuato, en el Cópore (fase Cópore temprano) (Braniff, 1972: 277 y 1974: fig. 3) y el Cubo (Braniff, 1974a: fig. 3).

Con relación a los tipos de arquitectura de carácter cívico o religioso que pueden sugerir ideologías y centros de poder y precisamente en Chupícuaro, éstos, que son pocos, se concentran en el sur del estado. Se ilustra una plataforma rectangular con construcciones superpuestas que recuerda la de Tlapacoya, D. F. (Barba de Piña Chan, 1956: planos 7 y 8) y una versión de la geometría tetraespacial, aunque le falta un lado (Castañeda *et al.*, 1988: figs. 3 y 4). Estas construcciones son verdaderamente monumentales, pues alcanzan entre 80 y 120 m por lado. Se menciona además una pirámide circular en Chupícuaro y una construcción circular en la región de Salvatierra (Brown, 1985: 225). Aquí hay que anotar un dato curioso, pues en el norte de Tlaxcala existe un complejo con centro ceremonial, zona residencial y construcciones de tipo fortaleza, asociado a materiales típicamente Chupícuaro (Porter, 1956) (García Cook y Rodríguez, 1975). Desafortunadamente, el estudio está inconcluso. Esta investigación serviría mucho para aclarar la posición de Chupícuaro mismo.

Se ha mencionado ya la arquitectura de Teuchitlán, Jalisco, que es circular, asociada a juegos de pelota de tipo abierto y a tumbas de tiro, que sobrevivirá en forma monumental durante el Clásico (Weigand, 1985: 70). Muy posiblemente la geometría circular que se da en Snaketown, Arizona (montículos-plataformas recubiertas con estuco, ampliadas periódicamente)

camente, con superposiciones) desde la fase Snake-town (Haury, 1976: 82-94) y en el sitio Gatlin en el Gila Bend (Wasley Johnson, 1965) pertenezcan a esta tradición, como es posible que lo sean también las construcciones posteriores en Ixtlán del Río, Nayarit y en la región de Tomatlán, Jalisco (Mountjoy, 1982).

Volviendo al Formativo, en Totoate, Jalisco, para una fecha muy temprana (100-1 a.C.), la geometría circular de Teuchitlán, aparece junto con la construcción rectangular con un altar central, que será la arquitectura típica de la cultura de Chalchihuites, que incluye a La Quemada durante el Clásico (Hers, 1989: 34 y fig. 3) y también características del mismo periodo en Guanajuato, lo que sugiere una participación con Mesoamérica, por lo menos de tipo ideológico, que tal arquitectura tetraespacial implica. Sin embargo, no parece existir en esta región central noroccidental de la Mesoamérica septentrional una filiación política hacia ningún Estado dentro de Mesoamérica (Braniff, 1989). La presencia teotihuacana se detecta sólo en la porción sureste de Guanajuato y oeste de Querétaro (Castañeda *et al.*, 1988: fig. 14) y en Salvatierra (Braniff, en elaboración). Algunos tiestos de Anaranjado delgado se encontraron en el Cópore (Braniff, 1972: 276) y otros en Teuchitlán, Jalisco, lo que contrasta con la clara presencia teotihuacana en el vecino valle de Atemajac, Jalisco (Weigand, 1985: 90). Esto hace suponer que, tanto la región que dominaba el núcleo ubicado en la región de Teuchitlán y que extendía su poderío hasta el sur de Zacatecas (Weigand, 1985; fig. 218), así como los núcleos de La Quemada y Chalchihuites, que dominaban regiones en Zacatecas y Durango y las diversas culturas regionales localizadas en Guanajuato, que muestran centros de diversas jerarquías durante el periodo Clásico, pudieran considerarse bastante ajenas a los sucesos políticos de Mesoamérica (Weigand, 1985: 60-90). El autor sugiere, sin embargo, que los desarrollos específicos de las fases del Clásico pudieron haber sido una “respuesta social que mantuvo su independencia e identidad, intensificando su herencia del Formativo, transformándose así en un componente de la generalizada civilización mesoamericana” (Jiménez, 1989: fig. 5 y Castañeda *et al.*, 1988: figs. 5 y 13) sugieren que pueden establecerse esferas de interacción basadas en la distribución de ciertos tipos cerámicos, figurillas y demás, que podrán en el futuro reconocerse como unidades sociopolíticas, autónomas, rivales o satélites de los estados sureños. En un caso servirá bien el modelo de Estados en equivalencia, en el último, podrá aplicarse el de sistema mundial.

En cuanto a relaciones a larga distancia, la temprana presencia de turquesa en Jalisco (Weigand, 1985: 64) y Zacatecas (Weigand *et al.*, 1977) bien puede

interpretarse como una explotación minera de tipo Sistema mundial en Nuevo México. Esta interrelación estaría corroborada por la presencia de un mosaico de tipo mesoamericano de turquesa que se encuentra en los niveles más antiguos de Snaketown, Arizona (Haury, 1976: fig. 17.3).

Por otra parte la arquitectura de “espacios internos”, columnatas y pórticos a los que se referían Acosta y Piña Chan en relación a Tula, Hidalgo, que citamos anteriormente, tiene sus claros antecedentes en La Quemada y Chalchihuites, las cuales se ubican en pleno Clásico (Hers, 1989, ver discusión en el cap. 1). Esta evidencia, más el burdo Chac Mool y el tzompantli de Huejuquilla, Jalisco (Hers, 1989: cap. 3, 45, 83 cap. 4), el tzompantli de Chalchihuites (Kelley, 1978), los chac mooles de piedra y cerámica de Snaketown, Arizona (Haury, 1976: figs. 11.25, 12, 26, 12.34 y 17.3) el diseño del ave devorando una serpiente en Chalchihuites (Kelley y Kelley, 1971: lám. 48b) y entre los hohokam (Haury, 1976: fig. 15.28f), así como los cascabeles de cobre y la turquesa en el culto a Tezcatlipoca (Di Peso, 1968: 5; Jiménez, 1989: 37) son más antiguos en el norte que en Mesoamérica, lo que viene a sustentar más firmemente mis antiguas proposiciones —basadas en otros elementos— de una cultura prototolteca norteña, que tiene bases en el Preclásico superior y que a fines del Clásico e inicios del Postclásico irrumpe en los valles centrales, específicamente en Tula, Hidalgo (Braniff, 1972: 289-299). Esto mismo es sugerido por Hers, quien propone que esa “ida y vuelta” está implícita en la información histórica de los mexica (Hers, 1989: 192-197).

Mientras esto sucede en la porción central y noroccidental de nuestra Mesoamérica septentrional, una situación muy diferente se desarrolla en la región nororiental que incluye la sierra Gorda, la meseta de río Verde y la sierra de Tamaulipas. Las relaciones con Teotihuacán y la costa del golfo de México son evidentes: yugos, palmas, vasos de fondo plano y paredes almenadas, los negros esgrafiados Zaquil, las figurillas moldeadas, los juegos de pelota, perfiles de edificios, etcétera, verifican la presencia de aquellos centros de poder en la región (Franco, 1970: lám. 20-31, 51-52-55; Braniff, 1975c: 223-241 y Michelet 1984 y 1986) que Michelet asocia con la explotación mineral del cinabrio (Michelet, 1984), que fuera muy utilizado en la pintura mural (Weigand *et al.*, 1977).

El ocaso. Los chichimecos, grandes, pequeños y medianos

Existen claros indicios acerca de que el abandono de la región septentrional mesoamericana se inicia hacia

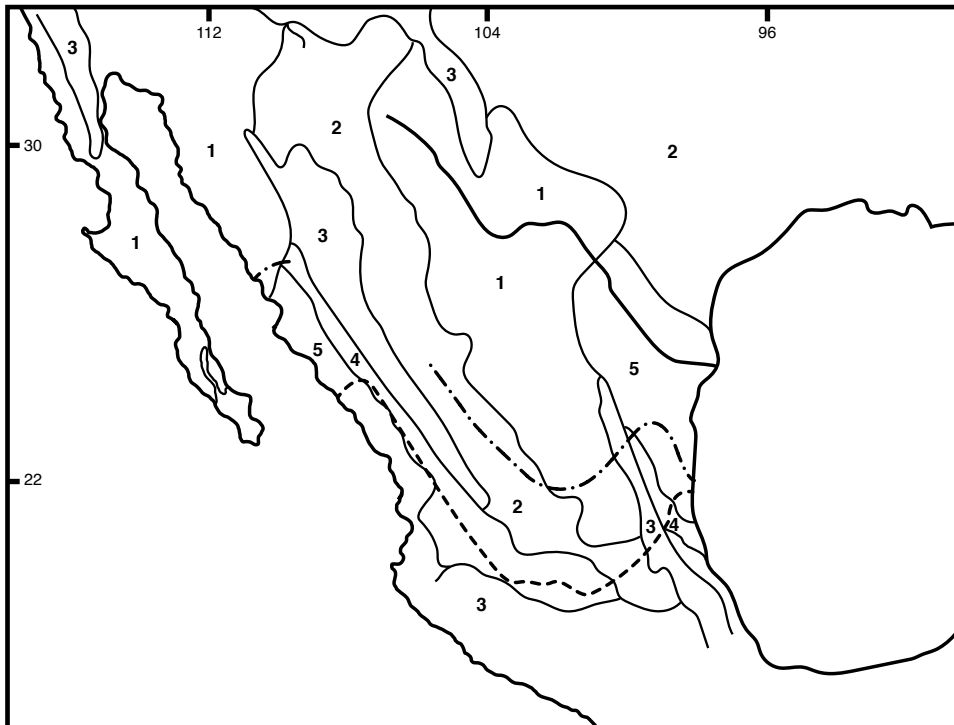


Fig. 3
Mapa 3. Vegetación del
norte de México. Fuente:
Rzedowski, 1985, fig. 1.8.

900-100 d.C. (Braniff, 1989; Castañeda *et al.*, 1988: 329), que también puede interpretarse como una “colonización” —si es que el nombre es el adecuado— de grupos “salvajes” chichimecas no agrícolas, o como una involución progresiva de los grupos mesoamericanos civilizados, hacia una barbarie y salvajismo, lo cual está relacionado con un cambio climático hacia la desertización que impidió la agricultura de temporal; las regiones más norteñas, cerca del desierto —el Trópico de Cáncer— debieron haberse abandonado primero. Esto se sustenta a medias con base en la información que ahora se tiene sobre la cultura de Chalchihuites y la región de río Verde, San Luis Potosí y la sierra de Tamaulipas, que nunca más fueron habitadas por mesoamericanos. Sin embargo, el sitio de Villa de Reyes, o Electra, en el altiplano potosino, que es la región más árida de Mesoamérica septentrional, aún cuando muestra una discontinuidad arqueológica, puesto que el complejo del Clásico (valle de San Luis) termina abruptamente, al contrario de lo que la lógica sugiere, volvió a habitarse (fase Reyes) por gente que traía un complejo cerámico muy parecido al de la fase Tollan de Tula, Hidalgo (Braniff, 1975; Crespo, 1976). Otros sitios toltecas de la fase Tollan (900-1150 d.C.), se encuentran en Guanajuato: El Cópore tardío (Braniff, 1972: 276), El Cerrito, cerca de la ciudad de Querétaro (Crespo, 1965, en Castañeda *et al.*, 1988: 328) y Carabino, cerca de San Luis de la Paz (Braniff, 1972, lista 2). En este último aparece, por primera vez en la entidad, un juego de pelota que es de tipo ce-

rrado —como los de Tula—; las construcciones ahora son rectangulares, sin el patio central característico del Clásico (Crespo y Flores, 1984, en Castañeda *et al.*, 1988, fig. 16) que organizaba el patrón tetraespacial. La disposición de estas construcciones difiere de la geometría del centro de Tula (Yadeun, 1985, fig. 7).

Estos sitios toltecas en el altiplano potosino y noroeste de Guanajuato no tienen carácter defensivo, por lo que la presencia de “aguerridos chichimecas” no se sustenta.

En estos mismos tiempos, hacia el centro oriental del estado, existe, al parecer, un reacomodo hacia una economía mixta de caza recolección con agricultura; y hacia el poniente aparece una nueva tradición cerámica asociada a sitios defensivos (Castañeda *et al.*, 1988: 329-330).

Los tarascos habitan algunos sitios en el sur del estado entre 1350 y 1530, para cuando la frontera se retrae muy al sur, en los límites con Michoacán (Castañeda *et al.*, 1988: fig. 22 y 23).

Este proceso de abandono, que se inicia en el Epiclásico y que se resume en el momento de los contactos hispanos, podría simbolizarse quizá con lo primero que representa Mixcoatl y luego Xolotl para terminar con aquello que dice: “Es un lugar de miseria, dolor, sufrimiento, fatiga, pobreza y tormento. Es un lugar de rocas secas, estéril, un lugar de lamentación, un lugar de muerte por sed, un lugar de inanición. Es un lugar de mucha hambre, de mucha muerte. Queda al norte” (Sahagún, 1963: 263).

Apéndice

Fechamientos

Guanajuato

- Sitio: Morales (Comonfort). fase Morales: similitudes específicas con la fase Ticomán de la cuenca central (Braniff, 1972: lista 1), fase que ahora se sitúa entre 400 y 150 a.C. (Niederberger, 1987: fig. 595). Otros sitios cercanos —de la misma fase— se ubican en la región de San Miguel de Allende (Martínez y Nieto, 1987; Braniff, 1967).
- Sitio: El Cópore (sitio 1, en Braniff, 1974: fig.3). Fase Cópore temprano. Identificada con un tipo de la fase Morales (Braniff, 1974: 277).
- Sitio: El Cubo (sitio 3, en Braniff, 1974: fig.3). Se identifica con el mismo tipo de la fase Morales.
- Sitios de tradición Chupícuaro en el sur del estado, entre 500 y 350 d.C. (Castañeda *et al.*, 1988: fig. 2).
- Sitios relacionados con Chupícuaro (Porter, 1956) y con cerro del Chivo (Gorenstein, 1976; Snarkis, 1976) en el sureste del estado sin cronología absoluta (Florancen, 1985).

Jalisco

- Sitio: El Cerro Encantado (cerca de Teocaltiche) similitudes con la fase Morales de Guanajuato y con el complejo de tumbas de tiro de occidente. Una fecha por C-14 dio 1800 ± 80 a.p. (100 a 250 d.C.) (Bell, 1974).
- Sitio: Totoate, fechas por C-14, entre 100 y 1 a.C. (Hers, 1989, fig. 3).
- Varios sitios que se concentran en la frontera entre Jalisco y Zacatecas, del periodo Formativo medio y tardío (Weigand, 1985: fig. 2.5.).

Zacatecas

- Varios sitios de la fase Canutillo, entre 1 y 500 d.C. (Hers, 1989: fig. 3.).
- Sitio: Altavista o Chalchihuites. Fase Canutillo, entre 200 d.C. y 650 d.C. (Kelley, 1985: fig. 11.4).

San Luis Potosí

- Sitio: Electra (o Villa de Reyes). Fase San Juan (Braniff, 1975: 34-38; Crespo, 1976: 45-47). Una fecha por C-14 arrojó la fecha $2020 \pm 200 \pm 70$ a.C., para esta fase (Braniff, en prensa). Tiestos de esta fase han sido hallados en Cerrito de Rayas, León, Guanajuato (Ramos *et al.*, 1968: 313).

Querétaro

- Bocamina El Garambullo, Trinchera. Sin asociación precisa. Fechamiento por C-14: 15 d.C. (Franco, 1970: 23-49) (sierra Gorda).
- Ocho sitios en la región de San Juan del Río. Varios tipos cerámicos con formas similares a las del Preclásico superior de la cuenca; en un sitio asociado a figurillas H4 y H1, se propone una cronología entre 500 a.C.-1 d.C. (Nalda, 1975: 82-87 y 99) Hay indicaciones (pocas) de estructuras, una de ellas de carácter ceremonial —pero no se ofrecen planos, (Nalda, 1975: 102)—. La secuencia continúa con una segunda fase 1-400 d.C., 48 sitios, varias estructuras de tipo ceremonial (Nalda, 1975: 102-105).

Bibliografía

Armillas, Pedro

- 1964 Condiciones ambientales y movimientos de pueblos en la frontera septentrional de Mesoamérica. En *Homenaje Márquez-Miranda*, (pp. 62-82). Madrid, Universidad Complutense de Madrid.
- 1969 The Arid Frontier of Mexican Civilization. *Transactions of The New York Academy of Sciences, Series 11, 31* (6): 697-704. Nueva York.
- 1985 Tecnología, formaciones socioeconómicas y religión en Mesoamérica. En J. Monjarás, R. Brambila y E. Pérez Rocha, (comps) *Mesoamérica y el centro de México* (pp. 25-40). México, INAH (Biblioteca del INAH).

Attolini, L. Amella

- 1988 *Comercio, poder y los antiguos mayas*, Tesis. ENAH-INAH, México.

Barba de Piña Chan, Beatriz

- 1956 Tlapacoya: un sitio Preclásico de transición. *Acta Antropológica, época 11, 1* (1), México.

Beals, Ralph L.

- 1954 Comentarios a "Gatherers and Farmers of the Greater Southwest de P. Kircchhoff". *American Anthropologist, 56* (4): 551-553 (parte 1).

Bell, Betty

- 1974 Excavations at El Cerro Encantado, Jalisco. En Betty Bell (ed.), *The Archaeology of West México* (pp. 147-167). Ajijic, Jalisco, WMSAS.

Bennyhoff, James

- 1968 Chronology and Periodization: Continuity and Change in the Teotihuacan Ceramic Tradition. En *Teotihuacan, XI Mesa Redonda* (pp. 19-29). México, Sociedad Mexicana de Antropología.

Binford, Lewis R.

- 1972 *An Archaeological Perspective*. Nueva York/Londres, Seminar Press.

Braniff, Beatriz

- 1961 *Artefactos líticos de San Luis Potosí: ensayo de sistematización*. Tesis de Maestría. ENAH, México.
- 1967 Informe sobre los sitios arqueológicos en la presa Begonia, Gto (mecanoescrito). México, Monumentos Prehispánicos, INAH.
- 1972 Secuencias arqueológicas en Guanajuato y la cuenca de México: intento de correlación. En *Teotihuacan, XI Mesa Redonda 1966* (pp. 272-323). México, Sociedad Mexicana de Antropología.
- 1974a Oscilación de la frontera septentrional mesoamericana. En B. Bell (ed.), *The Archaeology of West México* (pp. 40-50). Ajijic, Jalisco, WMSAS.
- 1974b La greca escalonada en el norte de Mesoamérica. *Anales del INAH*, 7 (4): 27-30. México.
- 1975a The West Mexican Tradition and the Southwestern United States. *The Kiva*, 41 (2): 215-222.
- 1975b La estratigrafía arqueológica de Villa de Reyes. S.L.P., un sitio en la frontera mesoamericana. *Cuadernos de los Centros*, 17. México, INAH.
- 1975c El norte de México. En *Los Pueblos y señoríos teocráticos* (pp. 217-272). México, SEP-INAH (México Panorama Histórico y Cultural, VII).
- 1983 El concepto de área cultural (mecanoescrito). México, UNAM (aceptado para su publicación en la Sociedad Mexicana de Antropología).
- 1985a *La frontera protohistórica pima-ópata en Sonora, México. Propositiones arqueológicas preliminares*. Tesis doctoral. UNAM, México.
- 1985b *Mesoamérica y el noroeste. XIX Mesa Redonda*. Querétaro, Sociedad Mexicana de Antropología.
- 1986 Diseños tradicionales mesoamericanos y norteños. Ensayo de interpretación. En *Arqueología del occidente y norte de México, Homenaje al Dr. J. Charles Kelley*. Zacatecas, UNAM.
- 1988a *The Identification of Possible Elites in Prehispanic Sonora*. Tempe, Southwest Symposium, Arizona State University.
- 1988b *The Mesoamerican Northern Frontier and the Gran Chichimeca*. Ponencia presentada en seminario Culture and Contact: Charles C. Di Peso's Gran Chichimeca, Amerind Foundation Dagoon.

- 1988c A propósito del Ulama en el norte de México. *Arqueología*, 3: 47-97. México, Dirección de Monumentos Prehispánicos, INAH.

- 1989a El Formativo en el norte de México. En Martha Carmona (ed.) *Seminario de Arqueología Román Piña Chan. El Preclásico o Formativo: avances y perspectivas*. México, Museo Nacional de Antropología.

- 1989b *Arqueomoluscos de Sonora, noroeste y occidente de Mesoamérica*. México, ENAH (Cuadernos de Trabajo, 9).

- (en prensa) *La estratigrafía arqueológica de Villa de Reyes, S.L.P.* (Revisión de la publicación de 1975). México, INAH.

- (en preparación) *La estratigrafía de Morales*. Gto.

Braudel, Fernand

- 1984 *Civilización material, economía y capitalismo siglos XV-XVII*. Madrid, Alianza Editorial.

Broda, Johanna

- 1985 La expansión imperial mexicana y los sacrificios del Templo Mayor. En J. Monjarás, A. Brambila y E. Pérez Rocha (comps.), *Mesoamérica y el centro de México* (pp. 433-476). México, INAH (Biblioteca del INAH).

Brown, Roy B.

- 1984 *The Paleoecology of the Northern Frontier of Mesoamerica*. Tesis. Department of Anthropology, University of Arizona, Tucson.
- 1985 A Synopsis of the Archaeology of the Central Portion of the Northern Frontier of Mesoamérica. En M. S. Foster y P. C. Weigand (ed.) *The Archaeology of West and Northwest Mesoamerica* (pp. 219-236). Boulder/Londres, Westview Press.

Castañeda, Carlos et al.

- 1988 Interpretación de la historia del asentamiento en Guanajuato. *Primera reunión sobre las sociedades prehispánicas en el centro occidente de México, Memoria, Centro Regional de Querétaro* (pp. 321-356). México, INAH (Cuadernos de Trabajo, 1).

Centro Regional de Querétaro

- 1988 *Primera reunión sobre las sociedades prehispánicas en el centro occidente de México. Memoria*. México, INAH (Cuadernos de Trabajo, 1).

Cordell, Linda S.

- 1984 *Prehistory of the Southwest*. Orlando, Academic Press.

Crespo Oviedo, Ana María

1976 *Villa de Reyes, San Luis Potosí. Un núcleo agrícola en la frontera norte de Mesoamérica*. México, INAH (colección Científica, 42).

Crespo, Ana María

1985 El Cerrito, asentamiento prehispánico en Querétaro. *Antropología, boletín del INAH*, 6: 21-25. México.

Crespo, Ana María, y Flores, Luz María

1985 Carabino. Un asentamiento tolteca en el norte de Guanajuato, informe. Archivo Centro Regional Guanajuato. INAH. México.

Doolittle, William

1988 Canal Irrigation at Casas Grandes: A Technological and Development Assessment of Its Origins. Trabajo presentado en el seminario *Culture and Contact, Charles C. Di Pesos's Gran Chichimeca*, Amerind Foundation (1988).

Flannery, Kent V. (ed.)

1976 *The Early Mesoamerican Village*. Nueva York, Academic Press (Studies in Archaeology).

Florance, Charles A.

1985 Recent Work in the Chupicuaro region. En Michael S. Foster y Phil C. Weigand (ed.), *The Archaeology of West and Northwest Mesoamerica* (pp. 9-46). Boulder/Londres, Westview Press.

Florescano, Enrique

1976 *Origen y desarrollo de los problemas agrarios de México. 1500-1821*. 8ª ed. México, Era (Problemas de México).

Foster, Michael S., y Weigand, Phil C. (eds.)

1985 *The Archaeology of West and Northwest Mesoamerica*. Boulder/Londres, Westview Press.

Franco, José Luis

1970 Trabajos y excavaciones arqueológicas. En *Minería prehispánica en la sierra de Querétaro* (pp. 23-26). México, Secretaría del Patrimonio Nacional.

García Cook, Ángel

1975 Excavaciones arqueológicas en Gualupita las Dalias. Puebla. *Comunicaciones*: 1-8. Proyecto Puebla-Tlaxcala 12. Fundación Alemana para la Investigación Científica. Puebla.

Gorensteln, Shlrtey

1974 Chronological Interpretation. The Tarascan-Aztec Frontier, The Acambaro Focus (mecanoescrito). México, Archivo Dirección de Monumentos Prehispánicos, INAH.

Haury, Emil

1976 *The Hohokam. Desert Farmers and Craftsmen*. Tucson, University of Arizona Press.

Hers, Marie-Areti

1989 *Los toltecas en tierras chichimecas*. México, UNAM.

Jiménez Betts, Peter

1989 Perspectivas sobre la arqueología de Zacatecas. *Arqueología*, 5: 7-50. México, Dirección de Monumentos Prehispánicos, INAH.

Kelley, Ellen A .

1978 The Temple of the Skulls at Altavista, Chalchihuites. En Carro L. Ailey y Basil C. Hedrick (ed.), *Across the Chichimec Sea* (pp. 102-126). Carbondale/Edwardsville, Southern Illinois University Press.

Kelley, J. Charles

1966 Mesoamerica and the Southwestern United States. *Handbook of Middle American Indians*, 4: 95-110.

1985 The Chronology of the Chalchihuites Culture. En Michael S. Foster y Phil C. Weigand (ed.), *The Archaeology of West and Northwest Mesoamerica* (pp. 269-288). Boulder/Londres, Westview Press.

1986 The Mobile Merchants of Molino. *Ripples in the Chichimec Sea* (pp. 81-104). Carbondale/Edwardsville, Southern Illinois University Press.

Kelley, J., y Abbott Kelley, E.

1971 *An Introduction to the Ceramics of the Chalchihuites Culture of Zacatecas and Durango, México*. Carbondale, Univ. Museum So. Illinois University (Mesoamerican Studies, 5, part 1).

Kirchhoff, Paul

1942 *Introducción, noticias de la península americana de California por el Rev. Padre Juan Jacobo Baegert*. México, Antigua Librería Robredo de José Porrúa.

(en prensa) Los recolectores-cazadores del norte de México. *El norte de México y sur de los EU* (pp. 133-144). México, Sociedad Mexicana de Antropología.

- 1954 Gatherers and Farmers of the Greater Southwest: a Problem in Classification. *American Anthropologist*, 56 (4): 520-550 (parte 1).
- Lemeiras, Brigitte B.**
1985 El mercado y el Estado en el México prehispánico. En J. Monjarás, R. Brambila y E. Pérez Rocha, (comps), *Mesoamérica y el centro de México* (pp. 343-370). México, INAH (Biblioteca del INAH).
- Litvak King, Jaime**
1975 En torno al problema de la definición de Mesoamérica. *Anales de Antropología*, 12: 171-195. México, UNAM.
- López Austin, Alfredo**
1985 Organización política en el Altiplano central de México durante el Postclásico. En J. Monjarás, R. Brambila y E. Pérez Rocha (comps.), *Mesoamérica y el centro de México* (pp. 197-234). México, INAH (colección Biblioteca del INAH).
- MacNeish, Richard S.**
1958 Preliminar y Archaeological Investigations in the Sierra de Tamaulipas. México. *Transactions, American Philosophical Society*, 48 (6, nueva serie).
- Mancha González, Esperanza, y Rivera Estrada, Araceli**
1984 Las relaciones ideológicas entre Mesoamérica y los hohokam, Seminario Regional (mecanoescrito). México, ENAH
- Martin, Paul S.**
1979 *The Last 10.000 Years. A Fossil Poilen Record of the American Southwest*. Tucson, The University of Arizona Press.
- Martin, Paul S., y Plog, Fred**
1973 *The Archaeology of Arizona*. Nueva York, Doubleday Natural History Press.
- Martínez V., Balbina, y Nieto G., Luis F.**
1987 *Distribución de asentamientos prehispánicos en la porción central del río Laja*. Tesis colectiva. ENAH-INAH, México.
- McGuire, Randall H., y Schiffer, Michael B.**
1982 *Hohokam and Patavan: Prehistory of Southwestern Arizona*. Nueva York, Academic Press.
- Medina, Andrés**
1988 La agricultura mesoamericana y su matriz espacio-temporal. Trabajo presentado en el *Coloquio Pedro Bosch-Gimpera*, Instituto de Investigaciones Antropológicas (1988).
- Meighan, Clement W.**
1972 *Archaeology of the Morett Site, Colima*. Berkeley/Los Ángeles, University of California Press, (University of California Publications in Anthropology, 7).
- Meighan, Clement W. (ed.)**
1975 *The Archaeology of Amapa, Nayarit. Monumenta Archaeologica, 2*. Los Ángeles, The Institute of Archaeology, University of California.
- Michelet, Dominique**
1984 *Río Verde. San Luis Potosí, Mexique*. México, Centre D'Etudes Meixicaines et Centraméricaines (Collection Etudes Mésoaméricaines, 9).
1986 ...¿Gente del golfo tierra adentro? Algunas observaciones acerca de la región de Río Verde, S.L.P. *Cuadernos de Arquitectura Mesoamericana*, 8: 80-83. México, Facultad de Arquitectura, División de Posgrado, UNAM.
- Mountjoy, Joseph B.**
1982 *Proyecto Tomatlán de salvamento arqueológico*. México, INAH (Científica, 122).
- Nelson, Richard S.**
1986 Pochtecas and Prestige: Mesoamerican Artifacts in Hohokam Sites. En F. Joan Mathien y R. H. McGuire (ed.), *Ripples in the Chichimec Sea* (pp. 154-182). Carbondale, Southern Illinois University.
- Niederberger, Christine**
1976 *Zohapilco*. México, INAH (Científica, 30).
1987 *Paleopaysages et archeologie pre-urbaine du bassin de México*. México, Centre d'Etudes Mexicaines et Centreaméricaines (Collection Etudes Mesoaméricaines, 1-11).
- Nalda, Enrique**
1975 *UA San Juan del Río*. Tesis. ENAH, México.
- Olivé Negrete, Julio César**
1985 Estado, formación socioeconómica y periodificación de Mesoamérica. En J. Monjarás R. Brambila y E. Pérez Rocha (comps.), *Mesoamérica y el centro de México* (pp. 81-114). México, INAH (Biblioteca del INAH).

Pailes, Richard A.

- 1980 The Upper Río Sonora Valley in Prehistoric Trade. En Carroll L. Riley y B. C. Hedrick. (ed.), *New Frontiers in the Archaeology and Ethnohistory of the Greater Southwest. Transactions of the Illinois State Academy of Science*, 72 (4): 20-39.

Pailes, Richard A., y Whitecotton, Joseph

- 1979 The Greater Southwest and the Mesoamerican World System: an Exploratory Model of Frontier Relationships. En W. W. Savage Jr. y S. L. Thompson (ed.), *The Frontier: Comparative Studies 11* (pp. 105-121). Norman, University of Oklahoma Press.

Piña Chán, Román

- 1985 Un modelo de evolución social y cultural del México precolombino. En J. Monjarás, R. Brambila y E. Pérez Rocha (comps.), *Mesoamérica y el centro de México*. México, INAH (Biblioteca del INAH).

Peso, Charles C. di

- 1968 Casas Grandes and the Gran Chichimeca. *El Palacio*, 75 (4): 45-61.
- 1974 *Casas Grandes. A Fallen Trading Center of the Gran Chichimeca*. 3 vols. Dragoon/Flagstaff, Northland Press (Amerind Foundation Publications, 9).

Porter, Muriel

- 1956 Excavations at Chupicuaro, Guanajuato, Mexico. *Transactions of the American Philosophical Society*, 46 (5, nueva serie). Philadelphia, The American Philosophical Society.

Ravesloot, John C., Dean, Jeffrey S., y Foster, Michael S.

- 1986 A New Perspective on the Casas Grandes Tree Ring Dates. Documento presentado en *Fourth Annual Mogollon Conference*, University of Arizona, Tucson.

Renfrew, Colin

- 1986 Introduction: Peer Polity Interaction and Sociopolitical Change. Cap I. En C. Renfrew y J. F. Cherry (ed), *Peer Polity Interaction and Socio Political Change*. Cambridge, Cambridge University Press.

Rodriguez, Francois

- 1983 *Outillage lithique de chasseurs collecteurs du nord du Mexique*. París, Centre d'Etudes

Mexicaines et Centreaméricaines. (*Etudes Mesoamericaines*, 11-6, éditions recherche sur les civilisations).

- 1985 *Les Chichimeques*. México, Centre d'Etudes Mexicaines et Centramericaines (*Collection Etudes Mesoamericaines*, 1-12).

Rojas, R., Teresa

- 1985 La tecnología agrícola mesoamericana en el siglo XVI. En Teresa Rojas Rabiela y William T. Sanders (ed.), *Historia de la agricultura, época prehispánica, siglo XVI* (pp. 129-232). México, INAH (Biblioteca del INAH).

Rzedowski, J.

- 1973 *Vegetación de México*. México, Limusa.

Sahagún, Bernardino de

- 1963 *Florentine Codex: General History of the Things of New Spain*, book IX. Earthly Things, Trans, trad. de C. E. Dibble y A. J. O. Anderson. Salt Lake City, Utah, Univ. of Utah Press.

Sanders, William T., y Price, Barbara J.

- 1968 *Mesoamerica. The Evolution of a Civilization*. Nueva York, Random House (Studies in Anthropology).

Schifler, Michael B.

- 1982 Hohokam, Chronology: An Essay on History and Method. En Randall H. McGuire y Michael B. Schiffer (ed.), *Hohokam and Patayan* (pp. 229-344). Nueva York, Academic Press.

Snarkis, Michael

- 1974 Ceramic analysis. En *The Tarascan Aztec Frontier. The Acámbaro Focus* (mecanoescrito). México, Archivo Dirección de Monumentos Prehispánicos, INAH.

Sociedad Mexicana de Antropología

- 1983 *El occidente de México. XVIII Mesa Redonda*. Taxco, Sociedad Mexicana de Antropología.
- 1985 *Validez teórica del concepto de Mesoamérica, XIX Mesa Redonda*. Querétaro, Sociedad Mexicana de Antropología.

Wallerstein, Immanuel

- 1974 *The Modern World System*. Nueva York, Academic Press (Studies in Social Discontinuity).

Wasley, William W., y Johnson, Alfred E.

1965 Salvage Archaeology in Painted Rocks Reservoir. Western Arizona. *Anthropological Papers of the University of Arizona*, 9. Tucson, The University of Arizona Press.

Whitecotton, Joseph W., y Palles, Richard S.

1986 New World Precolumbian World Systems. En Frances J. Mathien and Randall H. McGuire (ed.) *Ripples in the Chichimec Sea* (pp.183-204). Carbondale/Edwardsville, Southern Illinois University Press.

Wilcox, David R.

1986 A Historical Analysis of the Problem of Southwestern Mesoamerican Connection. En Frances J. Mathien y Randall H. McGuire (ed.), *Ripples in the Chichimec Sea* (pp. 9-44). Carbondale/Edwardsville, Southern Illinois University Press.

Wilcox, David R., McGuire, Thomas, y Sternberg, Charles

1981 Snake Town Revisited, *Arizona State Museum Archaeological*. Tucson, Arizona State Museum, University of Arizona (serie 155).

Weigand, Phil C.

1985 Evidence for Complex Societies During the Western Mesoamerican Classic Period. En Michael S. Foster y Phil C. Weigand. Westview (ed.) *The Archaeology of West and Northwest Mesoamerica* (pp. 47-92). Boulder/Londres, Westview Press.

Weigand, Phil C., Hardbottle, Garman, y Sayre, Edward V.

1977 Turquoise Sources and Source Analysis: Mesoamerica and the Southwestern USA. En *Exchange Systems in Prehistory* (pp. 15-34). Nueva York, Academic Press.

Yadeun, Juan

1985 La diacrosincronía de la estructura urbana del estado en el caso de Mesoamérica. En J. Monjarás-Ruiz, R. Brambila y E. Pérez Rocha (comps.), *Mesoamérica y el centro de México* (pp. 115-132). México, INAH (Biblioteca del INAH).
(en prensa) *Arqueología del movimiento*.